El recibo de dos horas

El recibo estaba doblado en cuatro dentro del bolsillo del delantal. Elena lo había abierto tantas veces durante el trayecto que los pliegues comenzaban a desgarrarse.

Desde hacía siete años limpiaba los apartamentos que Joaquín alquilaba por temporadas. Él dejaba las llaves en una caja junto a la entrada, ella anotaba las horas en una libreta y los viernes recibía el pago. Nunca habían tenido una discusión. Tampoco habían necesitado hablar mucho.

Aquella semana Elena había trabajado el lunes de ocho a once, el miércoles de nueve a una y el viernes de ocho a una. Tres, cuatro y cinco horas: doce en total. El recibo reconocía diez.

No se trataba solo del dinero. Había pasado el viernes por la tarde pensando si debía decirlo. Había quedado en visitar el sábado a su hermana Teresa, a quien no veía desde hacía meses. Aplazó la visita hasta resolver la cuenta. Las dos horas que faltaban parecían pequeñas hasta que las ponía junto a todas las veces en que había aceptado marcharse más tarde de lo previsto.

Volvió a los apartamentos el lunes. Encontró a Joaquín junto a una puerta abierta, comprobando el estado de una cerradura nueva.

—¿Se olvidó algo? —preguntó él.

—No. Quería revisar el recibo del viernes.

Joaquín dejó la caja de herramientas en el suelo. No parecía molesto, solo sorprendido.

—¿Hay un error?

Elena desdobló el papel sobre el alféizar.

—Aquí figuran diez horas. Fueron doce.

Él miró su teléfono, donde guardaba los turnos. Leyó las fechas en voz baja. Lunes, tres. Miércoles, cuatro. Viernes, tres.

—El viernes estaba previsto de ocho a once —dijo.

—Sí. Pero a las once me pidió que limpiara el agua que había entrado por el marco de la ventana del segundo piso. Retiré las alfombras, sequé el suelo y dejé el cuarto listo. Terminé a la una.

—Pensé que eso lo haría el personal de mantenimiento.

—Ese personal no vino. Usted me pasó los paños por la escalera.

Joaquín frunció el ceño. No contradijo la última frase; la recordó. Aun así, siguió mirando el teléfono como si la respuesta pudiera aparecer dentro de la pantalla.

—En mis notas solo tengo tres horas. Si sumo por lo que apunté, el recibo está bien.

Elena sintió una irritación que le subió del estómago a la garganta. No quería levantar la voz en el pasillo, donde se escuchaba cualquier conversación desde la escalera.

—Lo que apuntó no es todo lo que hice —dijo.

Él levantó la cabeza. Por primera vez la miró sin consultar una cifra.

—¿Tiene usted las horas anotadas?

Elena sacó la libreta pequeña que llevaba siempre consigo. En la hoja del viernes había escrito: «8-11 apartamentos. 11-13 ventana, alfombras, suelo». La tinta de la segunda línea era más clara, porque había cambiado de bolígrafo al mediodía.

—Es mi apunte —aclaró—. No espero que me crea solo por eso. Pero el mensaje de la ventana también lo escribió usted.

Joaquín buscó la conversación de aquel día. Encontró una fotografía del marco húmedo y debajo una indicación suya: «Cuando termine lo de abajo, por favor suba a secar esto». No tenía hora de salida. La fotografía sí tenía una hora que quedaba dentro del tramo discutido.

Se quedaron callados. Desde el patio llegó el sonido de alguien que barría hojas secas.

—No agregué esas dos horas —admitió finalmente Joaquín—. Le preparé el recibo con el horario previsto. Ni siquiera abrí los mensajes.

Elena asintió. Esperaba el pago, pero necesitaba algo más: saber que la próxima vez podría señalar un error sin tener que dar toda una explicación sobre su palabra.

—Quiero que el recibo diga doce —pidió—. Y que cuando me encargue algo después del turno lo anotemos ese mismo día.

—De acuerdo.

Él se dirigió a una mesa y encendió el ordenador. Elena permaneció de pie. Recordó las veces en que había añadido media hora sin escribirla, convencida de que sería más sencillo dejarla pasar. Comprendió que aquel silencio suyo también había hecho difícil la conversación de hoy, aunque no borraba el error de Joaquín.

El nuevo recibo salió de una impresora pequeña. Lunes, tres horas. Miércoles, cuatro. Viernes, cinco. Total: doce. Joaquín le transfirió en ese momento el importe de las dos horas omitidas. Elena comprobó el abono, comparó ambas hojas y guardó la correcta.

—¿La veo el miércoles? —preguntó él, como si las cosas pudieran seguir exactamente igual.

—Esta semana, sí. Y la próxima también, si acordamos los horarios por escrito. Después necesito decidir si continúo aquí.

—¿Se va?

—No lo sé. Puedo ofrecerle una semana más, no meses sin hablar. Llevo tiempo cambiando mis tardes para encajar las salidas de los apartamentos. Quiero recuperar algunas.

Joaquín se sentó. Había conocido a Elena durante años como la persona que llegaba antes de que abrieran las puertas y se iba cuando los pisos quedaban limpios. Ahora tenía delante a alguien que ponía un límite. No encontró una respuesta que arreglara de golpe siete años de costumbre.

—Hagamos esa semana —dijo—. Anotaré las tareas nuevas antes de pedirlas.

Elena no agradeció que le pagara lo que faltaba; le dio las gracias por revisar el error. Guardó la libreta y dobló el recibo nuevo una sola vez.

Afuera todavía era temprano. En lugar de tomar el autobús hacia el siguiente encargo, se sentó en una banca del paradero y llamó a Teresa.

—¿Sigues libre esta tarde?

—Creí que otra vez ibas a trabajar —respondió su hermana.

—Hoy puedo ir. Llevaré pan. No te prometo llegar antes de las cuatro.

—A las cuatro está bien. Te llevo meses guardando una silla.

Elena miró las dos hojas en su bolso, una con diez horas y otra con doce. Ninguna podía devolverle todas las tardes aplazadas. Aquella, sin embargo, seguía por delante. Subió al autobús de Teresa cuando apareció, antes de que cambiara de idea.